

LA CONSTRUCCIÓN DE GÉNERO A TRAVÉS DE LA INTERSEXUALIDAD

“No se nace mujer, se llega a serlo”

-Simone de Beauvoir



Lo que Beauvoir olvidó, de forma intencionada, es que tampoco se nace hombre porque también se llega a serlo. Lejos del hermafroditismo dentro de su caracterización de relatoría popular, la intersexualidad es un hecho biológico, (denominado trastorno del desarrollo sexual) concretamente una anomalía de los órganos reproductores que pueden llegar a fusionarse y a confundirse sin llegar a establecer el sexo único, definido, que toda sociedad necesita para configurar

los dispositivos sociales que ejecutan hombres y mujeres a través de sus respectivos roles, sin que exista escapatoria alguna. Nadie puede desconfigurar ni extinguir un *condicionamiento de valoración* como el que supone el contenido constitutivo de la heteronormatividad. A pesar de que algunas corrientes insisten en enterrar la distinción entre sexo y género, alegando la socialización del sexo, es conveniente comprender que mientras el sexo es una preconfiguración genética y está asociado, sobre todo, a la reproducción, el género (o segundo sexo como afirmaba nuestra autora de cabecera), es una construcción social que se vincula a las conductas y valores adquiridos en una sociedad determinada desde la mirada del hombre blanco, heterosexual y privilegiado como sustentador y potenciador de la cultura dominante.

La intersexualidad fabrica diversos conflictos, esencialmente en su dimensión intrapersonal en relación al ambiente circundante, pues la indefinición es-desde la perspectiva de extremo orden-un cáncer para las relaciones humanas. Nuestra civilización no acepta el desorden, no como fórmula incongruente o caos (incluso ciertas formas de caos, que no es vorágine sino variables agrupadas en un orden casi imposible de controlar por el ser humano, o controladas desde premisas teóricas como el *Conectivismo de George Siemens*), sino que lo acepta como un miedo irracional. Indefinición es igual a miedo. *Desorden* es igual a miedo. Pues como especie, carecemos de estructuras mentales que tiendan puentes a otro *modus vivendi*, a otras corrientes de pensamiento divergente. Y es esto, y no otra cosa, lo que perjudica la integración de personas que son diferentes, mal definidas por la naturaleza, como un síndrome de Dawn, una parálisis cerebral o una acondroplasia, por facilitar tres ejemplos comprensibles. Pero, ¿qué es exactamente aquello que está definido?, no hay peor definición de lo que está culturalmente (e incluso científicamente) definido. El término normal no es más que la inserción de nuestro yo interno en las doctrinas culturales prefabricadas por el eugenismo, el capitalismo

agresivo, el darwinismo social, el consumismo, el taylorismo y otros *ismos* que juegan un papel decisivo en la imposibilidad de crecimiento de las corrientes humanistas, solidarias y mutualistas que otros muestran como alternativas convivenciales.

Partiendo, por tanto, de una premisa artificial como nuestra propia cultura oficialista, padres y madres de hijos/as intersexuales se convierten en víctimas potenciales de la construcción de género. La imprecisión del sexo es proporcional a la imprecisión del género, en tanto que, si aparato reproductor es masculino, será educado en función de la cultura hegemónica coitocentrista, y si su aparato reproductor es femenino, será educada para no desequilibrar la correlación de fuerzas, sino para conservarla. Pero, ¿qué ocurre cuando uno no está en ninguno de los dos bandos o se encuentra en ambos al mismo tiempo? Los padres y madres se abstraen de la realidad al no comprender si su vástago forma parte de la minoría “débil” o de la mayoría “férrea”.

Se trata, en última instancia, de no encontrarse a uno mismo desde la capacidad identitaria del ser humano respecto al entorno, que es quien nos suministra las claves para identificar nuestro yo, y que responde a la cuestión de -¿quién soy?- en el sentido más puritano o reduccionista, puesto que las dimensiones que construyen al ser humano pueden ser tan variadas como la cantidad de redes o circuitos neuronales creados a partir de la continua interacción con el ambiente, esto es, aprendizaje en sentido neuroeducativo.

Para regular la relación de fuerzas entre el género dominante y el dominado, no basta con permitir la introducción de contravalores en la masa poblacional, ni siquiera destruyendo los valores subyacentes de la cultura capitalista se puede uno *des-somatizar* del condicionamiento de valoración, pues la fuerza residual sería prácticamente inalterable. Regular el género, en sentido estricto, y no desde la creación de formas invisibles (masculinas) de dominar a la mujer desde una falsa postura feminista que únicamente logran potenciar las estructura patriarcales, debe ser tomada desde las fórmulas convivenciales más próximas, generando movimientos próximos de relaciones igualitarias, y por extensión, futuras generaciones con principios éticos adquiridos mediante dicha convivencia. No obstante, el acercamiento a la verdadera equidad solo estará en manos de una minoría marginal, aislados de las conductas exógenas mayoritarias.

En su contexto educacional, y posicionando determinadas materias transversales como los Derechos Humanos o el Género dentro de las áreas curriculares, se extrae por definición, que no es la escuela (ni siquiera la corriente sociocrítica) la que transforma la sociedad, sino que son los cambios a nivel individual e intergrupar de la sociedad civil los que logran trasladar y permutar la escuela tradicional, transmisiva y conductista con la que aprenden los discentes, en aulas de aprendizaje holístico, colaborativo y no competitivo, cooperativo y no a través de elementos didácticos de suma cero.

S.J.Expósito